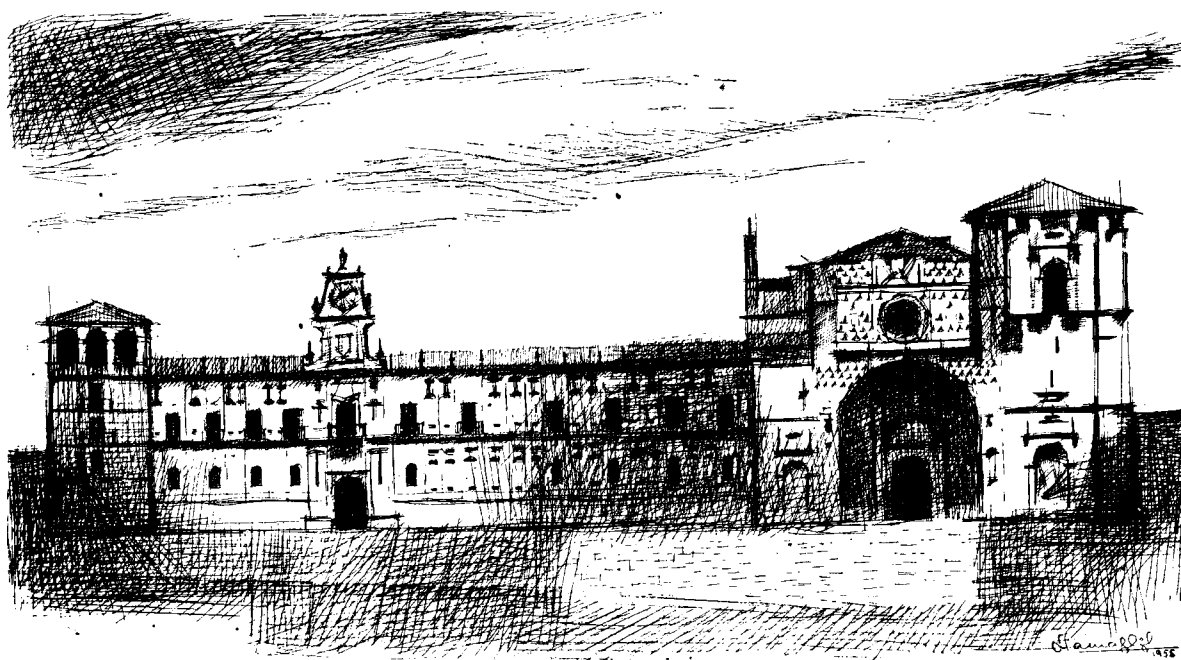


UN PRIOR DE SAN MARCOS: D. BENITO ARIAS MONTANO

ANTONIO PEREIRA



Dibujo de Llamas Gil

La hora vigésima del día se llama en nuestro largo invierno las ocho de la noche, y suena cuando ha buen rato que el común de vecinos, por mano del Ayuntamiento, se paga la luz de sus calles Y plazas. La misma hora cae en este mes de junio -desde las torres catedralicias, con breve espanto de los pájaros- y decimos las ocho de la tarde, bajo el cielo puro que es privilegio de las tierras altas. A las ocho, cualquiera que sea la estación, así entre los halagos de la primavera como al filo de los soplos heladores del invierno, solemos dejar la sala de la Biblioteca Azcárate, que a tal hora cierra sus puertas por no faltar al reglamento. Su regente o director, don Antonio González de Lama, da dos palmadas secas y rituales: no sabemos si escritas en el código interno de la casa o amparadas en el no menos legal de la costumbre. Antes habrá oído don Antonio, junto a su pupitre-confesionario, al adolescente que tímido se le acerca con

una novela manuscrita bajo el brazo; o al encanecido poeta portador de sus rimas, frutos seruendos de la jubilación ociosa.

Caen las ocho, decíamos, y ya estamos amigables en la tertulia andante que se inicia bajo los arcos de la plaza de Regla, detiénese en el ágora espaciosa de Botines, transcurre a lo largo de la calle de Ordoño II, paseos de Papalaguinda y la Condesa, hasta encontrar su término frente a la maravilla plateresca de San Marcos.

A San Marcos llegamos. Y aquí se nos ofrece actualmente el trajín de las máquinas implacables que mueven y remueven toneladas de tierra, voces de mando de los capataces, camiones que entran Y salen con su pesada carga. ¡Quién no advierte el contraste de tanta prisa con la quietud que aquí reinó en otras edades! Donde ahora se trabaja contra reloj, mirando febrilmente el calendario cada mañana (cuando puedan leerse estas líneas posarán ya en el hostel los peregrinos del Año Santo), antaño las horas transcurrieron despaciosas para la meditación o la penitencia.

En esta coyuntura del leonés convento, Quevedo viene de inmediato a la memoria. Una embajada ilustre de escritores de España hizo estación para recordarle y hacerle honores junto a los muros que lo tuvieron preso. Lo comentamos al cabo del paseo. y don Antonio -que no excluye su admiración por el ingenioso caballero- defiende, con el fervor que cabe en su comedimiento natural, la figura de otro hombre de talla, cuyo nombre, menos resonante en los oídos populares, ocupa un lugar excelso en el conjunto de las españolas letras: don Benito Arias Montano. Ordenado de sacerdote en León, aquí ejerció la dignidad prioral del monasterio de San Marcos. Y todo hace suponer que junto al rumor vecino del Bernesga escribió sus poesías y muchas páginas de su obra excepcional.

Es sabido que Arias Montano representa una cumbre del renacimiento europeo, destacando como político en sus consejos a Felipe II, como escriturista en la Biblia Políglota de Amberes, teólogo en Trento, naturalista, filósofo y poeta. Pero faltaba recordar su relación estrecha con León, que existe, como hemos visto, en términos tan honrosos para nosotros.

Anotemos, pues, este atinado elogio del ilustre personaje, que el mismo don Antonio de Lama llevó a su habitual columna del diario. Alabanza y recuerdo muy oportunos cuando se trata de exaltar nuestras glorias santiaguistas en este feliz Año de Perdonanzas.